

LA CANCION HISPANOMEXICANA EN NUEVO MEXICO

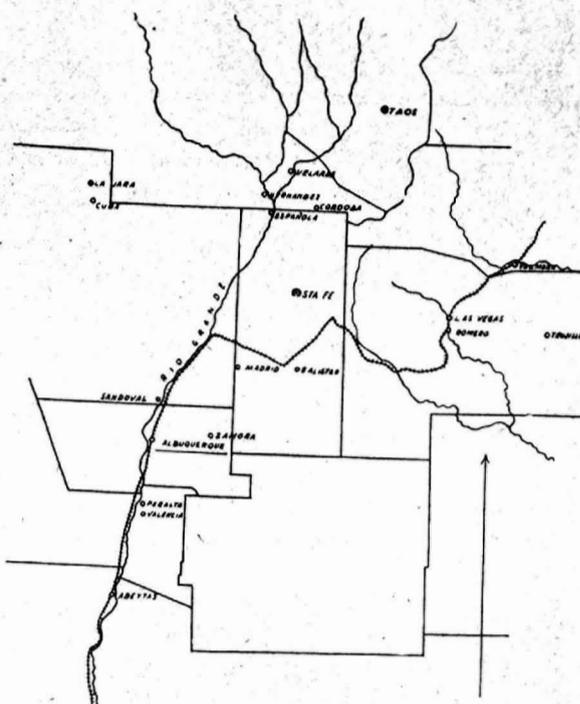
POR VICENTE T. MENDOZA

El Estado de Nuevo México ha sido llamado "Tierra de Encantamiento" por el pueblo norteamericano, que encuentra a todas las cosas una razón de ser. Para los ojos del viajero que hace su arribo a dicho Estado durante el otoño, principalmente yendo del sur, tal designación resulta un contrasentido. Al partir de El Paso, por la vía del Ferrocarril de Santa Fe, rumbo al norte, la impresión es desoladora: cerros de piedra caliza sin ningún género de vegetación; de vez en vez, sobre los lomeríos que se alinean al lado del oriente, matorrales de pequeñas dimensiones; en las planicies, arenales y algunas extensiones blanqueando de algodón; allá a cierta distancia, en la carretera, que con frecuencia se pierde, algún *truck* de carga hace pensar que más al norte deben existir ciudades de importancia; es en realidad hasta San Marcial donde la vegetación aumenta de tamaño y el paisaje muestra alguna exuberancia, cuando el ferrocarril pasa rozando las riberas del Río Grande, en el último extremo de la presa de *Elephant Butte*. Es la abundancia de vegetación ribereña, las juncias y cañas emergiendo del agua, la multitud de patos nadando en las cercanías y, sobre todo, son los copudos árboles de algodón, que en los primeros días de noviembre ostentan su follaje color de oro, los que producen nueva impresión de vida, que se antoja increíble después de largas horas de monotonía y tras de cruzar grises tramos desiertos.

El viajero renace a la vida ya al caer la tarde y, reconciliado con la existencia, translada su interés al espacio que en esos momentos ofrece una múltiple matización de tonos dorados en las nubes, que cambian hasta el rojo más intenso para, tras breves instantes, convertirse en colores cárdenos y sepías cada vez más oscuros, hasta que las sombras de la noche todo lo invaden. Tal la impresión del viajero que cruza por primera vez estas regiones. Al día siguiente, al rayar el alba, la impresión de color y de forma es otra. Ya en Albuquerque, son las montañas "Sandía", las montañas "Manzana" las que hacen recordar la leyenda del genio creador: "El Venado", el dios del fuego de los indígenas de esta zona, recorriendo la extensión de oriente a poniente hasta llegar al mar, poniendo nombres a todas las cosas, según su apariencia.

Siguiendo ahora la carretera rumbo a Santa Fe es el sol de Nuevo México, cuyo símbolo inventaron los indígenas como elemento primario de sus teogonías y que aparece por todas partes utilizado —hasta en las placas de los automóviles o en la decoración de los teatros—, el que muestra al viajero las enormes planicies, extensos valles que fueron lagos hace miles de años, las tremendas erosiones que dejaron como en suspenso mesetas que marcan una horizontalidad sin término y, a medida que el camino en sus declives y ascensos da al viajero la impresión clara de la elevación del terreno que cruza, los perfiles de los cerros se dulcifican y determinan curvas casi femeninas, describen perfiles que hacen el paisaje musical, casi tangible, y al mismo tiempo, allá a lo lejos, presenta las altísimas cumbres de la sierra de "La Sangre de Cristo" enteramente cubiertas de nieve compacta.

Sí, es Nuevo México la Tierra del Encanto; el aire es transparente y diáfano y no en balde los pintores han escogido las cercanías de Taos como talleres al aire libre; la naturaleza se insinúa con mimos de mujer, los recodos del río encierran matices de arco iris, los cerros aparecen a lo lejos cubiertos completamente de "juniperus" que dan matices de verdes insospechados; pero sobre todo los



Región geográfica de Nuevo México que comprende el presente estudio.

crepúsculos son incomparables: la "hora del Ticiano" es allí de un azul tan intenso que se convierte en indigo y, si se observa cuando el paisaje está nevado, ofrece una gradación de tonos violeta de múltiples profundidades que todo lo hace tangible. ¿Qué de extraño tiene que los primeros descubridores de estas tierras, los indios emigrantes del norte, le hayan tomado tal cariño a las márgenes del Río Grande? ¿Qué de extraño tiene que los exploradores españoles, al llegar a la altura de Santa Fe, hayan reconocido en estas tierras otro México, como el que dejaron al sur? ¿Y qué de extraño tiene, repito, que los millonarios norteamericanos construyan sus mansiones en los repechos de las colinas, estableciendo un nuevo elemento que da interés humano al Estado de Nuevo México?

Es en las ciudades españolas que rodean a Santa Fe, en donde vive la Música Tradicional Hispánica dejada allí como semilla desde mediados del siglo XVI hasta nuestros días. Son ciudades con nombres españoles: Madrid, Córdoba, Sevilla, Valverde, Valencia, Española, Cuba, Galisteo, Gallegos, Málaga, donde pueden espigarse, con



Mujeres portando una reconstrucción de la indumentaria —mitad española, mitad mestiza— de las nuevomexicanas de otros tiempos.

la seguridad de encontrar material de primera mano y de arcaísmo auténtico, cantos que han quedado rezagados en diversas etapas históricas, como en un remanso cuyos oleajes van dejando en la ribera sucesivamente todo aquello que la corriente acarreó en su trayecto.

Nuevo México es un remanso cultural hispánico en que se han detenido multitud de manifestaciones que tuvieron como epífcico la ciudad de México y que, irradiando hacia el norte por tres caminos, llegaron hasta Nuevo México y aun rebasaron hasta el sur del Colorado.

El primer camino lo determinó la ruta de Vázquez de Coronado, partiendo de Nueva Galicia y Compostela, rumbo a Sinaloa y Sonora, hasta adentrarse en Arizona e ir a surgir a Nuevo México. El segundo estaba marcado por los minerales: Guanajuato, Zacatecas, Durango, Chihuahua, y de esta última ciudad hasta Santa Fe, cruzando el Río Grande en El Paso. El tercer camino era transitado por los agricultores y ganaderos que, tomando el camino de San Luis Potosí, llegaban a Saltillo, seguían a Monclova y caminaban más al norte hasta encontrar las riberas del Río Grande.

De estas tres rutas, la más frecuentada era la segunda, pero sólo en el tramo Chihuahua - Santa Fe, siendo la primera el punto de aprovisionamiento para la vida de la segunda, así como de todas las demás ciudades circunvecinas.

Las primeras aportaciones musicales tienen que haber sido llevadas por los descubridores, ya sean los soldados de Vázquez de Coronado, ya sean los que acompañaron a Oñate en las expediciones posteriores.

De la misma manera que en el resto de toda la América Latina los verdaderos civilizadores y pacificadores fueron los frailes, encargados de la evangelización, las manifestaciones musicales religiosas tienen que ser muy abundantes y haber partido de las enseñanzas de los franciscanos. Dentro de este grupo de cantos se destacan por su antigüedad los Romances Religiosos: el de "La Última Cena", que se ejecuta el Jueves Santo; diversas "Pasiones", o sean romances piadosos que entonan los penitentes flagelantes; abundan las "Alabanzas" a los Santos Patronos de los pueblos, ya en forma de "Alboradas", de "Salves", "Cuándos" y "Despedidas"; los hay al Señor de Esquipulas, a la Virgen y al Niño de Atocha. Existen cantos en forma de "Gozos" y "Milagros", como trasunto de los ejemplos contenidos en el *Libro de las cantigas* de Alfonso el Sabio. Hay cantos de Misiones, Rogativas y Deprecaciones a las Animas, y aun aparece un curioso ejemplo de "Vals de Honor", dedicado a San Juan Bautista. Por supuesto, existen también los Cantos de Navidad para pedir Posada, curiosas Cantilenas de Pastores, en forma de seguidilla, y Villancicos para arrullar al Niño Dios. En las Fiestas de Navidad se representan Pastorelas tradicionales con indumentarias abigarradas y con *Caminatas* en las que predominan los sonidos penetrantes de las campanillas, atadas éstas a los cayados, que golpean sincrónicamente el suelo.

Este género literario es muy abundante en Nuevo México y don Aurelio M. Espinosa lo venía estudiando desde la primera década de este siglo en su *Romancero Nuevo Mexicano*, pero como género musical no se le había dado importancia. El Romance anda en boca de la gente con

más abundancia que en México, donde ya se hace difícil obtenerlo. Así, encontramos versiones de "Gerineldo", de "Delgadina", de "La dama y el pastor", de "La esposa difunta" y su correlativo de "Alfonso Doce"; el de "Las señas del esposo" y el de "La malmaridada", el del "Mal de amor"; el de "Mambrú", el de "La esposa infiel" y algunos semicultos, de hoja impresa, como el de "La ciudad de Jauja".

Aparecen algunas Relaciones Infantiles como el romancillo de "El piojo y la liendre", "La rana y la mosca" y "La semana"; también se hallan Disparates y exageraciones como la de "El borrego", y la que dice: "Amigos, les contaré — lo que son los animales", de uso en España desde el siglo XVI.

LA DECIMA La abundancia de este género como manifestación literaria le tocó también señalarla a don Aurelio M. Espinosa, pero existe también la forma musical. Más de un centenar de ejemplos se encuentran en los archivos de la Universidad de Nuevo México y un mayor número podría reunirse entre las que canta el pueblo, sobre todo en las ciudades españolas, donde todavía se les distingue en Décimas a lo divino y a lo humano; con planta de tema religioso puro y otras de apariencia herética; las hay filosóficas y morales, satíricas y jocosas, con nombres de hombre y de mujer, de amores y desvíos, de cartas de pretensión y de aventuras galantes, así como de nombres de ciudades. Son tradicionales aquellas que dicen:

"Qué largas las horas son — en el reloj de mi afán..."
 "En el mundo no hay tesoro — más rico que el tener madre..."
 "Aprended, hombres, de mí, — lo que va de ayer a hoy..."
 "Nada en esta vida dura, — fenecen bienes y males..."
 se les encuentra a lo largo de toda la América Latina.

LA COPLA En Nuevo México conserva este género lírico caracteres de prestancia y distinción tradicionales. Las hay completamente españolas, derivadas y aprovechadas por los trovadores locales; las hay tradicionales, que aparecen en México y otros países, y las hay, por último, creadas en la región.

La copla va unida al trovador que la ejecuta y ambos están ligados como el cuerpo y el alma, pues basta recordar aquella que dice:

"Aquí me pongo a cantar — con mi guitarrita hueca..."

para imaginarnos inmediatamente al juglar frente a su auditorio. Lo mismo acontece si recordamos la siguiente:

"Yo no he sido cantador, — pero ni poeta mentado,
 como me sobra valor, — todo el mundo tengo andado,
 desde el mar y sus orillas — hasta el centro del Condado."

Y efectivamente, en Nuevo México persevera la figura del trovador hispánico cuya memoria es una fuente inagotable de estrofas tradicionales que sabe utilizar según las circunstancias el cantante de aquella región, que tiene gracia y donaire para aplicarlas, las improvisa cuando viene a cuento y mantiene viva la atención de sus oyentes por lo inesperado de sus salidas. El coplero nuevomexicano recuerda siempre a los juglares medievales. Por su parte, la copla está llena de frescura y perfume y aun pudiera decirse que se conserva lozana como en sus mejores días, cuando partió de sus viejos solares castellanos o andaluces y se embarcó con sus dueños rumbo a América para ir a verter su ternura o nostalgia en aquellas ciudades que rodean Santa Fe, donde, como en Sevilla, los balcones florecen de albahaca y siempre hay un rostro jovial de mujer tras de sus cristales.

Los trovadores más ingeniosos de Nuevo México han sido y son: don Antonio Medina y don Juan Sandoval, de Chimayó; don Juan Morales, Frank Chávez y Fidel Romero, de la Jara; don Próspero Baca, de Bernalillo; don Eleuto Medina, de Taos, y don Amador Aveyta, de Sabinal.

Existen coplas castellanas, como las de "Los habladores" y "Amapolas coloradas"; andaluzas como aquellas que dicen:

"De los chinos de tu frente — me darás una semilla..."
 "Dicen que lo negro es triste, — yo digo que no es verdad..."
 "¡Malhaya la ropa negra — y el sastre que la cortó...", etc.;

extremeñas como las de "Sierra nevada", que dicen:

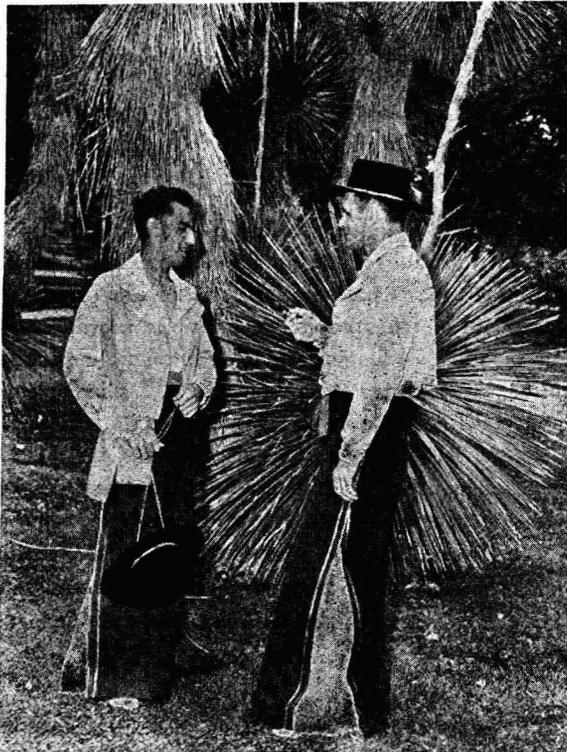
"A orillas de una laguna — se quejaba un triste lión..."
 "A las rejas de la cárcel — no me vengas a llorar..."

Existen coplas que han ido de Michoacán y Durango a Nuevo México, como éstas:

"Palomita que vienes herida — de las manos de un buen cazador..."
 "—Paloma, ¿de dónde vienes? —Vengo de San Juan del Río..."

También hay coplas locales, como "Cuatro palomitas blancas", que mencionan lugares como Santa Fe, Romero, Cochití y Pchipá. También se encuentran versiones muy viejas de las coplas de "Don Simón", que describen la indumentaria masculina de principios del siglo XIX.

Los torneos literarios entre dos o más contendientes, quienes, con su ingenio, improvisando coplas, obtenían galardones de los próceres, hicieron posible la existencia de una clase de individuos y una especie de poesía que, al pasar a América, tomaron los nombres de *troveros* para los cantadores y *trovos* para la versificación. Estas estrofas reciben también el nombre de *recuestas* y *contrarrestos*. En Nuevo México son recordados los "Trovos del Viejo Vilmas" y están vivos en la mente de los nuevomexicanos tanto los nombres de



Indumentaria de nuevomexicanos que se usó hasta mediados del siglo pasado. El sombrero subsiste en nuestros días.

los contendientes como algunos fragmentos de las improvisaciones. Ellos fueron: Gracia, Chicoria, Trinidad Cienfuegos y Tavera. También se tiene por tradición que casi todos fueron del sur hasta Nuevo México, con excepción de "Chicoria", quien nació y fué criado entre los cíbolos. Aún se mencionan los contrarrestos del "Viejo Vilmas" con el "Negrito Poeta"; pero los más famosos son los que sostuvo con los cuatro improvisadores arriba mencionados.

Y como consecuencia del hábito de trovar, el orgullo regional creó más tarde los "Trovos de una indita nuevomexicana con una norteamericana".

GENEROS TEATRALES Con restos de la Música Tradicional Española llevada del sur a Nuevo México, encontramos restos de Tonadillas cantadas en el Coliseo de México, en las postrimerías del siglo XVIII: "El solterito" y "La solterita", "Las letanías o el Kirie eleison", "El cura no va a la iglesia" y una serie de coplas derivadas, principal-

mente en forma de *seguidilla*, que lo mismo aparecen en los Cantos de pastores que en coplas sueltas, que en "El cielito lindo". Del mismo modo restos de géneros teatrales, de zarzuelas y otros espectáculos persisten en forma de Jotas y Coplas con estribillos, transportadas por arrieros y comerciantes o por compañías de cómicos de la legua, quienes probablemente se aventuraron hasta la ciudad de Chihuahua.

Entre los cantos conducidos de este modo de INDITAS bió llegar la Tonadilla de "La indita", la cual dejó como herencia una serie de canciones mestizas que conservan el mismo nombre y que más tarde se transformaron en corrido. Entre éstas figuran: "La india de Manzano", "La indita de Cochití", "La indita de Gostales" y "La venadita", así como algunas Canciones de cautivos.

Aún es designado con el nombre de "Indita", CORRIDO y así encontramos: "La indita de José Luis", de "José Domingo Gallegos", de "Siquio" (Hesiquio), o de "David González". Verdaderos corridos con tal nombre y forma son los de "La muerte de Antonio Mestas", de "Lucio Ortiz", de "La familia Alvarado", de la "Introducción de las cantinas en Nuevo México" y el de "La cantina de Denver". Existen corridos transportados del sur, lo mismo de Chihuahua que de Coahuila, Durango o Tamaulipas, Jalisco o Michoacán, y aun de Guerrero, como el de "Lucio Pérez", de "El Ferrocarril Central", el de "El hijo desobediente", "Rosita Álvarez", "La Güera Chabela" y "Modesta Ayala". Corridos de la Revolución mexicana como "El lavaplatos" y, por último, corridos originales compuestos en Nuevo México con motivo de la última guerra: "A los soldados de 1942" y "El soldado raso".

SONES Y JARABES Como cosa curiosa aparece el jarabe de "Los panaderos" con el nombre de "El chasco", derivaciones del jarabe de "El gato", del de "La botella", "El palomo", "El espinado", "El durazno" y "El Capire", y es notable por su magnífica conservación el de "La Severiana", en forma de Son y de Décimas toponímicas. También algunos Sones tienen su representación, como "El tecolote", "El burrito", "La gallina", "El limoncito", "El quelele" y "El carbonero", conservando casi todos ellos aspectos primitivos.

Es éste quizá el género más abundante y LA CANCION aparece bajo muchos aspectos: como serie de coplas con un solo tema, que en España se conoce con el nombre de *Cantares*, en metro octosílabo y en estrofas de cuatro o seis versos. De este tipo son "Las mañanitas" o "Alboradas", que ofrecen una magnífica persistencia. En seguida vienen las Canciones Románticas y Sentimentales, de versos principalmente endecasílabos con abundancia de esdrújulos y que se caracterizan por su *ritornelo*. Entre éstas las hay tradicionales, de México, principalmente del Bajío, y originales de la región. Algunas de ellas mantienen en su melodía y armonía una encantadora simplicidad; las tradicionales de México ofrecen un sentimentalismo más hondo, que los trovadores regionales hacen resaltar con sus voces varoniles. Ejemplo: "Espinas del alma", que fué cantada por don Ramón López.

Como consecuencia del romanticismo mexicano de mediados del siglo XIX existen canciones también en forma de Mazurka, de Polka, de Vals, de Schotichs, de Marcha y de Danza Habanera.

Aún resuenan en mis oídos los acentos de "El rizo de oro", schotich; "La violeta", polka, y "La paloma azul", danza, cantadas sucesivamente por don Amador Aveyta, don Antonio Medina y don Gabino Varela.

El viajero, al abordar el ferrocarril de retorno al hogar nativo, rumbo al sur, se lleva en las pupilas una visión de Nuevo México, Estado que con toda justicia puede llamarse "Tierra de encantamiento", iluminada por un sol que pone en todas las cosas pinceladas que las hace inolvidables.